

El infarto ecológico en África: depredación, conspiraciones geográficas y económicas

Mbuyi Kabunda¹

Estado de cuestión del medio ambiente en África

La destrucción del medio ambiente en África, ilustrada por la extensión de los desiertos y la reducción de las selvas ecuatoriales y tropicales, se inició en el momento de la colonización europea con la explotación y exportación, a gran escala, de los recursos naturales africanos (marfil, productos minerales y agrícolas), considerados por los colonizadores como bienes puestos por Dios al servicio de los hombres y que deberían ser explotados para las necesidades de los seres humanos.

En las últimas décadas, la sequía ha afectado a amplias regiones del Continente con la consiguiente generalización de las hambrunas. Entre 1970 y 1990 la producción alimentaria por habitante se ha deteriorado a imagen de la propia economía africana. El número de desnutridos se ha duplicado en África: 94 millones en 1970, 175 millones en 1990, proporción que se ha mantenido e incluso ha aumentado en la actualidad. Esta situación es el resultado de las irregularidades climáticas, la deforestación, la desertificación, las guerras civiles y la explotación abusiva de los recursos naturales en este Continente.

África, que no emite gas con efecto invernadero, es la primera víctima del fenómeno al aumentar la temperatura en un promedio del 0,7° en el Continente en un siglo, pues el nivel de pobreza aniquila todas las posibilidades de adaptación. Prueba de ello es que el lago Chad, uno de los grandes del planeta, tiene hoy sólo la décima parte de la superficie de la que tenía hace cuarenta años, pasando del 30.000 km² a 3.000 km² en la actualidad con el riesgo de desaparecer dentro de unos años si no se hace nada para salvarlo. Esta situación, que nace del clima seco (evaporación) y de la fuerte demanda de agua para la agricultura junto a los proyectos de irrigación y la construcción de presas por Nigeria, tiene graves consecuencias sociales, económicas y medioambientales con la extinción de mamíferos que viven en la zona como las jirafas y las hienas. En este mismo país, los rinocerontes desaparecieron a comienzos del siglo XX por la decisión de un insensato europeo de matar a varios centenares de ejemplares con el fin de vender los cuernos en los mercados asiáticos². Lo mismo puede decirse del Kilimanjaro cuyas nieves, que se consideraban como eternas, están desapareciendo.

Todo ello, con las consecuencias sanitarias (aumento de la malaria, el cólera y la disentería por la escasez de agua potable), conduce el World Wildlife Fund (Fondo Mundial para la Naturaleza –WWF-) a afirmar que “el cambio climático corre el riesgo de aniquilar las mejoras de las condiciones de vida de los africanos”.

El aumento de nivel del mar en el golfo de Guinea podría costar a los países costeros el 15% de su PIB. Se prevé la desaparición del 16 al 35% de especies animales y vegetales en África en 2030. En estos inicios de siglo, unos 200 millones de personas están enfrentadas a hambrunas. Todo ello como consecuencia de las actividades

¹ Profesor de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos (GEA/UAM). Miembro de SODEPAZ.

² Lévêque, C. y Sciamia, Y., *Développement durable. Avenirs incertains*, Dunod, París, 2005, p. 63.

humanas, la industrialización, la urbanización no controladas y del calentamiento climático.

La larga ausencia de lluvias, en ciertas zonas del Continente, ha tenido como consecuencia la escasez de agua, la desaparición de especies vegetales y de plantas con la consiguiente extensión de zonas desérticas en la que el hombre tiene una parte importante de responsabilidad con actividades indiscriminadas como la deforestación para conseguir la leña o el carbono vegetal, la construcción de muebles o de nuevas plantaciones dictadas por la presión demográfica hasta la alimentación para el ganado. Es decir, la deforestación se explica, fundamentalmente, por la pobreza. Los africanos destruyen su medio ambiente porque tienen hambre y tienen hambre porque son pobres.

El suelo africano es generalmente pobre, salvo en los ríos de los valles y en las zonas volcánicas, como en África Oriental. Los árboles impiden la erosión del suelo y favorecen la humedad. Con la deforestación para las necesidades de supervivencia, en particular el uso de la leña como combustible por las familias tanto de las aldeas como de las ciudades, se produce un proceso irreversible de deterioro del suelo por la evaporación del agua y su escasa infiltración en el suelo. Es preciso subrayar que esta destrucción de las selvas tropicales húmedas, por las necesidades locales, es insignificante, pues representa menos de un por ciento al año, mientras que la fuerte demanda de madera de los países del Norte, en particular de Estados Unidos, Europa y Japón, constituye un peligro real de destrucción total de aquellas selvas.

El promedio continental de deforestación es de 0,52%, desde las tasas más altas en Costa de Marfil (5,2%) y Nigeria (6,9%) hasta las más bajas en Centroáfrica (0,2%) y el Congo-Brazzaville (0,1%)³. Abundando en el mismo sentido, el informe de Greenpeace puntualiza: “Una de las amenazas más evidentes para las selvas tropicales de África es la proliferación de la agricultura de rozas y la necesidad de nuevos terrenos agrícolas por parte de la población. El argumento es cierto, pero es a menudo utilizado por el sector forestal industrial para ocultar su responsabilidad en la deforestación”⁴. En otro informe publicado en 2007, Greenpeace denuncia los problemas sociales y la destrucción del medio ambiente a mano de las multinacionales madereras presentes en la RDC, con la complicidad de miembros del gobierno congoleño en un contexto de corrupción endémica. Este informe denuncia la venta de las selvas a precio de saldo, las talas abusivas, la amenaza de supervivencia de los monos y chimpancés, etc.

Estas empresas han puesto en peligro el futuro de las selvas tropicales de la cuenca del Congo, el segundo pulmón del planeta después de la cuenca del Amazonas y una de las bazas vitales en la lucha contra el cambio climático.

Las selvas tropicales de la cuenca del Congo se extienden desde Camerún pasando por Centroáfrica, el Congo Brazzaville, Guinea Ecuatorial y Gabón hasta la RDC (República Democrática del Congo). Es decir, una zona inmensa de unos 1.700.000 km² (241 millones de hectáreas o el 37% de las selvas tropicales mundiales) y de la que dependen unas 40 millones de personas (agricultores y pescadores) para su supervivencia. Esta zona abarca a más de 270 especies animales y 10.000 especies de plantas, además de ser fundamental para la protección del clima a nivel mundial.

Las talas salvajes o las mutilaciones irreversibles del ecosistema realizadas en esta cuenca por las multinacionales francesas (Rougier, Bolloré, Thanry, Pallisco, etc.)⁵ y

³ Véase Deng, L.A., *Rethinking African Development. Toward A Framework For Social Integration And Ecological Harmony*, Africa World Press, Asmara, 1998, p. 88.

⁴ Cf. Greenpeace, *Deforestación y pobreza en África tropical*, Madrid, abril de 2000, p. 10.

⁵ Véase Labrousse, A. y Verschave F-X., *Les pillards de la forêt. Exploitations criminelles en Afrique*, Agone, Marsella, 2002.

asiáticas, constituyen una seria amenaza para las personas, los animales (elefantes, okapis, gorilas, chimpancés, antílopes) que viven en ella y para el propio clima planetario.

Lo único que se puede recriminar a los africanos es la desaparición de algunas especies animales por la caza furtiva o por la eliminación de aquellos animales que destruyen sus hogares, fincas o plantaciones, o el uso del fuego para eliminar las serpientes venenosas, que les impiden cultivar sus tierras. Ello aumenta la población de los roedores, con la subsiguiente destrucción de sus graneros y reservas de alimentos⁶.

Las zonas costeras o los litorales africanos, tanto del Atlántico como del Índico, son sometidos a un progresivo infarto ecológico (destrucción del ecosistema y la acelerada erosión de la costa) y la consiguiente destrucción de la biodiversidad marítima y de la reserva de especies animales y vegetales de la costa, tal y como destaca del estudio de Chidi Ibe⁷. Dicha destrucción es el resultado de la explotación petrolera y la construcción de refineras en el golfo de Guinea, la fuerte concentración humana en las ciudades de la costa (la mayoría de las capitales africanas están en la costa y engloban a la tercera parte de la población), la construcción de industrias mineras, turísticas (playas) o de sal, la mecanización de la agricultura o de los cultivos de exportación (revolución verde) y de la pesca industrial, los puertos, la sobreexplotación ilegal de las especies marítimas por la flota de pesca de los países industrializados, la polución de dichas zonas por el tratamiento o el transporte de petróleo o gas.

En resumen, la deforestación y la desertificación en África nace de una serie de factores y prácticas, entre ellos: la necesidad de leña para el uso doméstico o para secar el tabaco o el té, la explotación y exportación del oro verde africano por las multinacionales, la producción agrícola con la explotación de nuevas tierras, la creciente urbanización, el incendio de monte, el pasteo del ganado, las sequías sucesivas y últimamente para la calefacción de los hogares de los centros urbanos⁸, es decir, las consecuencias de la introducción brutal del modo de vida occidental y de modelos de desarrollo basados en la industrialización a la europea, o sea la modernización equiparada con los signos externos del desarrollo occidental.

No cabe la menor duda de que la excesiva urbanización y la ciega política de industrialización de los países africanos son ampliamente responsables del deterioro del medio ambiente junto a la explotación abusiva de los recursos naturales por las multinacionales, que se han apoderado de grandes superficies de tierras fértiles para los cultivos destinados a los países desarrollados con el uso de fertilizantes químicos y pesticidas, y a las políticas de ajuste estructural que, al preconizar el fomento de las exportaciones y la incorporación en el mercado internacional, presionan a los gobiernos africanos a destruir su capital verde insustituible para reembolsar la deuda externa, que en la mayoría de los casos supera el PNB del país. En la opinión de Engelhard, las reglas del comercio internacional y el pago de la deuda externa favorecen el deterioro de los suelos y la deforestación, pues dicho pago no sólo se hace en dólares sino también en los recursos sacados del medio ambiente⁹. El resultado es la degradación del medio ambiente africano, con la creciente reducción de la cantidad de leña, agua y tierras disponibles.

⁶ McCarthy, S., *Africa. The Challenge of Transformation*, I.B. Tauris, Londres, 1996, pp. 10-12.

⁷ Chidi Ibe, A., "The Coastal zone and oceanic problems of Sub-Saharan Africa, *ibid.*, pp. 201-212.

⁸ Ardayfio-Schandorf, E., "The fuelwood/energy crisis in Sub-Saharan Africa", en *Sustaining the Future. Economic, Social, and Environmental Change in Sub-Saharan Africa* (eds: George Benneh, William B. Morgan y Juha I. Uitto), United Nations University Press, 1996, Tokyo, p. 273.

⁹ Engelhard, Ph., *L'homme mondial. Les sociétés peuvent-elles survivre?*, Arléa, París, 1996, p. 139.

AFRICA AMÉRICA LATINA. Cuadernos (SODEPAZ) n° 45

En definitiva, todo lo anteriormente expuesto puede resumirse en el siguiente cuadro que da el panorama de las amenazas medioambientales presentes y futuras en África:

| Amenazas medioambientales en África |
|--|
| Costa del Atlántico |
| El cambio de las temperaturas del océano afectará los recursos haliéuticos y en la pesca, en particular en Marruecos, en Mauritania y en Senegal. Lo mismo en África Austral, con la evolución del corriente marino de Benguela que tendrá efectos negativos en la pesca en Angola, en Namibia y en Sudáfrica. |
| África septentrional |
| En el Magreb, y sobre todo en Egipto, las zonas costeras están amenazadas por la subida del nivel del mar. Una subida de las aguas de 50 cm. afectaría a unas 2 millones de personas que viven en la costa y en la cuenca del Nilo. Se estima en unos 35.000 millones de dólares de desplazamientos de las poblaciones. |
| África Oriental |
| Una modificación de los regímenes de las precipitaciones tendría consecuencias en la agricultura de Uganda, en Kenia y en Etiopía (té, café). El nivel de las aguas en los Lagos conocerá profundas modificaciones. De igual modo, las nieves del Kilimanjaro casi desaparecerán de la cumbre situada a unos 5.895 m. |
| En el cuerno de África, la instauración de ciclos de sequías recurrentes aumentará los movimientos y profundizará los desequilibrios relacionados con los problemas políticos. |
| África Occidental (zona castigada por severas sequías desde hace 40 años) |
| -Desertificación: el deterioro de los suelos aumenta, en particular en el Sahel. El desierto del Sahara progresa al menos de unos 30 Km. hacia el sur desde 1970. La tercera parte de la población del Sahel padece de la sequía. |
| -Deforestación: en Costa de Marfil, la selva primaria ocupaba unos 8 millones de ha al principio del siglo XX, contra 1.5 millones en 2007. Globalmente, la deforestación contribuye a la bajada de la pluviosidad. |
| -Sequía: los ríos Níger, Volta y Senegal registran una bajada de su nivel. El lago Chad también es víctima de una fuerte evaporación. Su superficie se ha dividido por cinco en los cuarenta últimos años. La presión demográfica, el desarrollo de las actividades agropastoriles y la desertificación aumentan el deterioro de la fauna y de la flora. |
| -Inundaciones: el aumento del nivel de los océanos podría alcanzar más de 50 cm. de aquí a finales del siglo. Una fuerte proporción de la población vive en las ciudades costeras del África Occidental (Dakar, Banjul, Conakry, Lomé, Cotonú, Lagos), la zona litoral está muy expuesta a la elevación del nivel de los mares. |
| África Central |
| La deforestación en la cuenca del río Congo, tendrá consecuencia en todo el Continente. |

AFRICA AMÉRICA LATINA. Cuadernos (SODEPAZ) n° 45

La RDC podría perder el 40% de sus superficies forestales y dejar escapar unos 34.000 millones de toneladas de dióxido de carbono de aquí a 2050.

África Austral

La agravación de las sequías afectará la agricultura y provocará la desaparición de especies vegetales. La reducción de los recursos en agua hace cada vez más difícil la cohabitación entre la fauna salvaje y la población. Estas nuevas condiciones climáticas extenderá hacia el sur el área de propagación de la malaria.

Las barreras de coral en el Índico han sido destruidas en un 30% en pocos años a causa del calentamiento de las aguas.

Fuente: Grid-Arendal, Columbia University

El agua en África: fuente de deterioro medioambiental

El agua, considerada como la fuente por excelencia de la vida, se ha convertido, paradójicamente para algunas poblaciones africanas, en símbolo de desgracias y de aniquilación del medio ambiente o del ecosistema por la polución que genera.

Muchas de las presas y centrales construidas, en África, han cosechado globalmente fracasos económicos y técnicos por sus efectos negativos en las sociedades y la salud de las poblaciones locales, además de los desplazamientos de poblaciones que suelen generar como el caso de los bosquimanos expulsados del Kalahari Central por el Gobierno de Botsuana para la explotación de yacimientos de diamantes ubicadas en sus tierras. Los pigmeos de la cuenca del río Congo conocen la misma situación como consecuencia de la explotación salvaje de su selva por las multinacionales madereras.

El caso del delta de Níger es aún dramático¹⁰. Esta región del sur de Nigeria —con más de 19 millones de habitantes, y que forma parte de las zonas húmedas más amplias del continente—, ha visto sus actividades agrícolas y pesqueras destruidas por las poluciones nacidas de la sobreexplotación del petróleo por las multinacionales (Shell, Mobil, Chevron, Agip, Elf, Texaco). Estas empresas petroleras explotan el oro negro en el descuido total de las reglas de protección medioambiental, con la consiguiente contaminación de los suelos, las aguas y el aire. Es preciso también subrayar inundaciones y erosiones de los suelos como consecuencia de la construcción de 5 presas en el río Níger y sus afluentes, en una cuenca compartida por 9 países. Todas estas prácticas condenan las poblaciones locales a la pobreza crónica al destruir sus modos tradicionales de vida y sus reivindicaciones (ecoterrorismo) son violentamente reprimidas por dichas multinacionales en colaboración con el gobierno federal nigeriano.

Es preciso también recordar que las presas de Manantali y de Diama construidas sobre el río Senegal, mal concebidas y programadas, produjeron inundaciones en el valle del río del mismo nombre privando a la población tener acceso al agua dulce, además de producir el deterioro de los suelos por el aumento de la salinización que ha destruido las tierras cultivables. Los territorios inundados como consecuencia de la construcción de aquellas presas han perdido todos los recursos naturales que permitían a la población local ejercer actividades económicas generadoras de ingresos. Al contrario, asistimos al desarrollo en la zona de una agricultura extensiva centrada en el monocultivo, en

¹⁰ Cf. Fanchette, S., «Le delta du Niger (Nigeria): rivalités de pouvoir, revendications territoriales et exploitation pétrolière ou les ferments de la violence», en *Hérodote* n° 121, París, 2^a trimestre de 2006; Ibeanu, O. y Luckham, R., *Niger-Delta. Political Violence, Governance and Corporate Responsibility in a Petro-State*, Centre for Democracy & Development, Londres-Abuja-Lagos, 2006.

detrimento de policultivo y de la organización socioeconómica tradicional. La agricultura en el valle está dominada por el Estado y los intereses comerciales privados, que producen alimentos destinados a los mercados europeos que a los de la zona o del África Occidental.

Todos estos factores explican que 14 de los 53 Estados africanos conocen una verdadera estrés del agua (*stress water*) o escasez de la misma, en particular por el crecimiento demográfico y la polución. Se prevé que este fenómeno afectará a 25 Estados en los 20 ó 30 próximos años.

Bajo las presiones del Banco Mundial y del FMI, varios gobiernos africanos han procedido a las privaciones del agua, con el consiguiente aumento de su precio, privando a los más pobres tener acceso a ella. Son las multinacionales francesas como Veolia-Vivendi, Suez y Saur, que son las dueñas del agua potable en el África francófona con consecuencias dramáticas para las poblaciones locales y las generaciones futuras. Si es verdad que la productividad y la calidad han mejorado, sin embargo, según denuncia Hugon¹¹, los precios se han disparado, privando el acceso de los pobres a este bien común y estratégico.

Peor, asistimos en los últimos años a la prácticas cínicas de los países industrializados que exportan toneladas de desechos tóxicos o insecticidas caducadas a países como Nigeria, Costa de Marfil, Botsuana, Malí, Etiopía o Tanzania, etc., con efectos sanitarios y medioambientales¹². De igual modo, se procede a la venta a los países africanos de los Organismos Genéticamente Modificados (OGM), para supuestamente ayudarles a conseguir la soberanía alimentaria, pero que en realidad les convierten en mercados de los productos de las multinacionales de los alimentos. Lo mismo puede decirse de los biocombustibles (biocarburantes, agrocombustibles o bioenergía) que corren el riesgo de convertirse en un instrumento en manos de poderosos grupos industriales y financieros que, en la opinión de Parizel¹³, desposeen a los campesinos su dominio tradicional sobre la agricultura para hacerles cada vez más dependientes de las bolsas y de la especulación. Es de sobra conocido que los biocombustibles contribuyen a la destrucción de los ecosistemas con la introducción de más pesticidas en los suelos, en la atmósfera y en las aguas, además de dedicar las ya escasas tierras agrícolas al cultivo de la caña de azúcar o de *jatropha*¹⁴, o lo que es lo mismo la producción de la comida para alimentar las máquinas.

Las prácticas neoliberales y el deterioro medioambiental en África

La destrucción de la cultura animista —basada en la agricultura ecológicamente sostenible y la transmisión intergeneracional de conocimientos agrícolas inspirada en la preservación o conservación de los recursos y de la diversidad biológica¹⁵— por la colonización y en la actualidad por el neoliberalismo, explica, en parte, el infarto ecológico que amenaza hoy el Continente.

¹¹ Hugon, Ph., «Vers une nouvelle forme de gouvernance de l'eau en Afrique et en Amérique latine», en *La Revue Internationale et Stratégique* n° 66, IRIS-Dalloz, París, verano de 2007, pp. 72-73.

¹² Cf. Meunier, M., "L'Afrique mondialisée: Déchets toxiques, danger!" *L'état de l'Afrique 2007*, Jeune Afrique hors-série n° 15, París, 2007, pp. 108-111.

¹³ Parizel, D., *La menace des carburants agro-industriels!*, Nature & Progrès, Jambes (Bélgica), 2008, pp. 8 y 19.

¹⁴ Kabunda Badi, M., "Apuntes críticos sobre la cooperación Sur-Sur", en *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico* (coord: Andrés Piqueras Infante), Tirant Lo Blanc, Valencia, 2008, p. 298.

¹⁵ Afanou, G., "Biodiversité en Afrique subsaharienne: Enjeux en matière de propriété et de commerce», en *Afrique enjeux* n° 1, París, abril/mayo de 2007, p. 11.

AFRICA AMÉRICA LATINA. Cuadernos (SODEPAZ) n° 45

Ayer la colonización incorporó a África en la división internacional del trabajo, es decir, la convirtió en granero de materias primas, explotadas con las tecnologías y los métodos europeos devastadores, y hoy las multinacionales europeas y asiáticas así como los propios gobiernos poscoloniales, se dedican a la explotación abusiva de los recursos naturales africanos.

Es verdad que la fuerte demanda de las materias primas por las multinacionales, en particular del cobre, coltán o petróleo, explica el auge del precio de sus precios permitiendo al continente alcanzar una tasa de crecimiento económico nunca realizada desde hace treinta años, no es menos cierto que dicha demanda se realiza en un contexto de saqueo generalizado y de conflictos armados por el control de los recursos naturales, junto a la destrucción de la biodiversidad frágil de muchas de las zonas donde se realizan las explotaciones, como queda subrayado. Se habla al respecto, y con certeza, de la “maldición de materias primas”, en particular del petróleo que genera corrupción, mal gobierno y conflictos¹⁶.

A ello cabe añadir la crisis de la deuda y el ajuste estructural impuesto a los países africanos en la década de los 80, que crearon una interacción entre la pobreza y el deterioro del medio ambiente, pues al crecer la pobreza y la deuda externa, tanto los pobres como sus Gobiernos no tuvieron otra alternativa que la intensa explotación de las tierras y de las selvas para sobrevivir, fomentar las exportaciones de los recursos naturales para conseguir las divisas destinadas al pago de los intereses o del servicio de la deuda o a la compra de armas. Pruebas de ello es que los 15 países más endeudados del Sur triplicaron en el mismo período la tasa de explotación de sus selvas por aquellas necesidades¹⁷. No es una casualidad que cinco de entre ellos representan el 60% de lo que quedan de las selvas tropicales en el mundo (Brasil, Indonesia, la República Democrática del Congo -RDC-, Perú y Colombia)¹⁸. Durante este período, o la de la década de los 80, la selva africana se deterioró en un 8%.

Lo anteriormente dicho no excluye la responsabilidad de los propios campesinos africanos por el repetido fuego de maleza (el quemar los rastrojos o las rozas) para desbrozar el terreno, la leña para conseguir el carbono vegetal y el pasto del ganado cada vez más numeroso, junto a la sequía cuya coacción conduce al hombre a deforestar más para sobrevivir¹⁹.

En definitiva, el mal desarrollo, impuesto por el neoliberalismo, es responsable de la amenaza de deterioro entre un 80 a 85% de los suelos del Continente y de la deforestación a un ritmo de 4 millones de hectáreas al año²⁰, con la consiguiente ola de millones de emigrantes ecológicos que abandonan sus hogares y tierras empobrecidas tras la búsqueda del agua y de alimentos en otras ciudades, regiones del Continente o del mundo, donde su presencia suscita brotes racistas, étnicos, sociales, políticos o económicos. El drama es que 7 de cada 10 africanos viven de la tierra y de los recursos naturales, cada vez más escasos.

¹⁶ Cf. Díaz, B. y Niñerola, M., “La transparencia de las industrias extractivas: indispensable para el desarrollo de África”, en *El precio oculto de la Tierra. Impactos económicos, sociales y políticos de las industrias extractivas* (eds: Alicia Campos y Miquel Carrillo), Icaria, Barcelona, 2008, pp. 65-87.

¹⁷ Bello, W. (en colaboración con Shea Cunningham y Bill Rau), *Dark Victory. The United States, Structural Adjustment and Global Poverty*, Pluto Press-Food First-TNI, Londres, 1994, p. 57.

¹⁸ Cf. George, S., *Jusqu'au cou. Enquête sur la dette du tiers monde*, La Découverte, París, 1989, p. 247.

¹⁹ Harrison, P., *Une Afrique verte*, Karthala-CTA, París, 1991, pp. 205-206.

²⁰ Badiane, O. y Delgado, C., *A 2020 Vision for Food, Agriculture, and the Environment in Sub-Saharan Africa*, IFPRI, Washington, 1995, p. 7.

Con la extensión de los desiertos de Sáhara, Libia, Nubia y Kalahari, según la voz de alarma de Ahmadou Kourouma, “la sabana se está convirtiendo en desierto y la selva en sabana”, en particular en la región sahelo-sudanesa (África Occidental), la región más poblada del mundo, donde la selva tropical está desapareciendo a un ritmo vertiginoso, como consecuencia de la deforestación local y del aumento de las emisiones anuales de bióxido de carbono (CO₂) y del efecto invernadero producido por los países industrializados. Para ilustrar lo anteriormente dicho, es preciso mencionar que Costa de Marfil sólo tiene 2 millones de hectáreas de selvas de los 15 millones que tenía en 1950, mientras que Benín ya ha perdido prácticamente la totalidad de sus selvas tropicales. Por su parte, Namibia con la reactivación de la mina de uranio Roessing de Arandis (3 kilómetros de largo, 1.5 km. de ancho y 305 metros de profundidad), está dañando irreversiblemente la biodiversidad frágil del Namib, el desierto más seco y uno de los más antiguos del mundo.

Las guerras depredadoras y sus consecuencias medioambientales en África

Existe una larga tradición de saqueo de recursos naturales en África, inaugurada por la colonización. El caso de Leopoldo II con su “Estado Libre del Congo” es ilustrativo. En nombre del cristianismo, comercio y civilización (las 3 C), el monarca belga convirtió, desde 1876 hasta 1908, el Congo en su finca personal con la confiscación de todas las tierras y la explotación del caucho y marfil por las empresas concesionarias con graves consecuencias demográficas por los trabajos forzados de los congoleños en las minas y las plantaciones.

Estas prácticas de violencia y explotación fueron heredadas por Mobutu y los barones de su régimen, que convirtieron los recursos naturales de la RDC (oro, diamantes, cobre, cobalto) en fuentes de su enriquecimiento personal. Según puntualiza Mark Huband, “Mobutu nunca creó en Zaire una realidad institucional que pudiera soportar un cambio gradual. Lo que creó es un sistema de gobierno basado en el robo y la redistribución de los recursos del país, sistema en el cual él ocupaba la posición central”²¹.

Las mismas prácticas tuvieron lugar en África Austral durante las guerras de liberación contra el apartheid y el colonialismo portugués. En esta parte del Continente se desarrolló una verdadera “economía política del crimen” o una “economía criminal regional”²², en la década de los 70 y 80, en la que fueron implicadas las fuerzas de seguridad o de inteligencia de la Sudáfrica del apartheid, los altos cargos de los países de la zona (tráfico de droga y contrabando de armas, marfil, piedras preciosas, obras de arte y de coches robados). Los recursos naturales fueron utilizados como moneda por los hombres de negocio de la zona para la compra de bienes de equipo en Sudáfrica y por los servicios de seguridad de este país para remunerar a sus confidentes en sus actividades de desestabilización en los países de la Línea del Frente, y por los movimientos de guerrilla (UNITA y RENAMO) para pagar en especie el apoyo militar de la Sudáfrica racista.

En el periodo de la post Guerra Fría se impuso a los países africanos las reglas del “Consenso de Washington” que, al poner fin a las prebendas o prácticas neopatrimoniales en las que las clases gobernantes fundamentaban su legitimidad, condujeron a éstas a

²¹ Huband, M., *África después de la Guerra Fría. La promesa de un continente* (traducción de Marta Pino Moreno), Paidós, Barcelona, 2004, pp. 182.

²² Ellis, S., “Les nouvelles frontières du crime en Afrique du Sud”, en *La criminalisation de l'État en Afrique* (Jean-François Bayart, Stephen Ellis et Béatrice Hibou), Editions Complexe, Bruselas, 1997, pp. 97ss.

buscar alternativas en las economías de depredación (depredatocracia), entre ellas las economías de guerra, mediante la participación en el comercio ilícito de las materias primas estratégicas o prohibidas facilitado por el debilitamiento del Estado y la globalización, y la extorsión de las organizaciones humanitarias. Ambas prácticas se han convertido en nuevas fuentes de ingresos para fortalecer el poder individual o para enriquecerse, o las dos cosas a la vez.

La lógica neoliberal impuesta a los Estados africanos condujo a la privatización de los Estados y la consiguiente reducción de su capacidad de cumplir con sus funciones económicas y sociales, a favor de los actores privados locales e internacionales o nuevos centros de poder dominados por los señores de la guerra y las multinacionales, tornadas en “nuevos dueños del mundo”²³. El resultado es la lucha feroz por el control de los recursos naturales. Aparece de este modo la nueva economía política de los conflictos o la “ecología política de la guerra”, basada en el saqueo y la criminalización como medios de acción.

La desaparición de las financiaciones y apoyos externos, de la época de la Guerra Fría, llevará a los movimientos armados a buscar el control de los recursos internos para autofinanciarse, mediante actividades ilegales y de depredación. Estos actores, en su mayoría movimientos de guerrilla encabezados por los señores de la guerra, intentan concentrarse en los territorios locales que la crisis del Estado-nación no permite al gobierno central controlar, para extorsionar a la población o para proceder a la comercialización de bienes o servicios lícitos o ilícitos, para financiar sus actividades, desde la producción de la droga hasta la explotación y venta de los recursos naturales tales como los diamantes, el oro, el coltán, la madera o el caucho²⁴. Es decir, el aprovechamiento de los intercambios mundiales infraestatales.

Los casos de Angola, Liberia, Sierra Leona, la RDC, Sudán, Centroáfrica... ponen de manifiesto que los recursos naturales han servido a menudo de combustibles en los conflictos africanos. Varios informes de las Naciones Unidas han puesto de manifiesto como la guerra en la RDC, desde 1998 hasta la actualidad, ha servido de excusa para el saqueo de los recursos de este país tanto por los movimientos rebeldes apoyados por Ruanda, Uganda y Burundi como por parte de las tropas de los países invitados por el gobierno congoleño (Angola, Zimbabue, Namibia). Es decir, un verdadero entramado de intereses de los actores locales, los señores de la guerra, los intermediarios regionales y las multinacionales o las redes comerciales ocultas.

El Parque Nacional de Virunga, en el Kivu congoleño —invadido por los refugiados ruandeses tras el genocidio de 1994—, está sometido a un verdadero deforestación por los rebeldes hutus y el Ejército congoleño, cuyos jefes se dedican al comercio de la madera mientras que sus tropas, en lugar de proteger a la población, han convertido la producción del carbono vegetal y la caza furtiva en sus principales actividades, para no mencionar la explotación y comercialización ilegales del coltán, —convertido en una verdadera “riqueza maldita”²⁵ por alimentar y avivar los conflictos internos—, por todos los protagonistas directos e indirectos del conflicto congoleño. Lo mismo puede decirse de Angola donde la ex rebelión armada, la UNITA, utilizó los diamantes, de los que Angola es el cuarto productor mundial, para dotarse con un verdadero arsenal de guerra. Por su lado, el gobierno se sirvió de los ingresos petroleros

²³ Kennedy, P., *Préparer le XXI^e siècle*, Odile Jacob, París, 1994.

²⁴ Ben Hammouda, H., “Guerriers et marchands: Éléments pour une économie politique des conflits en Afrique”, en *Recherches internationales* n° 49, París, verano de 1997, pp. 60-62.

²⁵ Cf. Vázquez-Figueroa, A., “Coltán: La riqueza maldita”, *Revista GEO* n° 261, Madrid, 2008, pp. 72-83.

para financiar la guerra. En ambos casos, tanto de la RDC como de Angola, la principal víctima ha sido o es la población civil por las agresiones y los graves deterioros medioambientales.

En África, según denuncia Stern²⁶ que se refiere al caso particular de “Elf’s Angolagate”, las multinacionales petroleras suelen colaborar con las facciones rivales permitiendo de este modo la continuación de la guerra y el consiguiente acceso al petróleo al precio de saldo.

La OMC y el medio ambiente en África

Un hecho es seguro, con los Estados, estamos lejos de la lucha contra las prácticas que, a pesar de constituir amenazas para el medio ambiente, les aseguran importantes beneficios económicos y sociales como en los casos de Estados Unidos, China y algunos países europeos.

Globalmente, la mayoría de los recursos naturales están en los países del Sur, en particular en los llamados “países de la megadiversidad”, entre ellos México, Brasil, Colombia, Bolivia, RDC, Madagascar, mientras que los capitales, los conocimientos, los mercados, los organismos de investigación y las empresas de la industria de la vida están ubicados en los países del Norte.

Esta situación de desequilibrio estructural explica que los países del Norte siempre busquen el control y la explotación de aquellos recursos para su seguridad alimentaria a largo plazo y para sus industrias. Por eso, un grupo de multinacionales norteamericanas impone en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC) los derechos de propiedad intelectual²⁷ y los acuerdos al servicio de los intereses del capital o del sector privado y de los países desarrollados, además de las condicionalidades asimétricas a las que están sometidos los países del Sur.

Estos acuerdos, en particular el Acuerdo sobre Patentes y Propiedad Intelectual (APPI), que atribuye a las multinacionales la facultad de adueñarse de los recursos ecológicos del planeta, contribuyen al mantenimiento de desigualdades económicas y políticas en el mundo. El resultado es el deterioro irreversible del medio ambiente de estos países y la desaparición de muchas de sus especies vegetales y animales con imprevisibles consecuencias en la propia supervivencia de sus poblaciones²⁸.

Según manifiestan Bertrand y Kalafatides²⁹, que abundan en el mismo sentido, la ideología neoliberal de la OMC —uno de los motores de la globalización económica que comparte dicha ideología con el FMI y el BM— y la protección del medio ambiente son claramente contradictorias³⁰, pues el neoliberalismo por su propia dinámica impone la competitividad sin límites entre las empresas rivales, y por lo tanto fomenta la intensificación de la producción y la explotación, que favorecen la deforestación. Este productivismo, agresivo con el medio ambiente, va en contra de la protección de los recursos naturales y tiene consecuencias irreversibles sobre los ecosistemas.

²⁶ Stern, A., *Who Won the Oil Wars? Why Governments Wage War for Oil Rights*, Collins & Brown, Londres, 2005, p. 124.

²⁷ Chavagneux, C., «Les acteurs de la mondialisation», en AA. VV. *Les enjeux de la mondialisation. Les grandes questions économiques et sociales*, La Découverte, París, 2007, p. 49.

²⁸ Hufty, M., “La biodiversité dans les relations Nord/Sud: coopération ou conflit?», en *La Revue Internationale et Stratégique* n° 60, IRIS-Dalloz, París, invierno de 2005/2006, pp. 156-157.

²⁹ Bertrand, A. y Kalafatides, L., *OMC, le pouvoir invisible*, Fayard, París, 2002, pp. 254-255.

³⁰ La otra contradicción de esta organización, claramente en contra del desarrollo de los países del Sur y creada para servir a los intereses de EEUU, es promover a la vez el libre comercio mundial y el monopolio de las grandes empresas. Cf. Bello, W., *La fin de l’Empire. La désagrégation du système américain*, Fayard, París, 2006, p. 192.

Ha llegado la hora para los países del Sur de poner el oro verde al servicio de su arranque económico, conciliando la conservación o la salvaguardia del medio ambiente con el desarrollo, en particular, el asumir el principio de soberanía sobre sus recursos biológicos y genéticos (biodiversidad) en contra de las reglas de la OMC que les perjudican. Desgraciadamente el Sur no constituye ni un bloque único, ni es homogéneo.

Una de las principales características de África, sobre todo en su parte subsahariana, es la riqueza de su biodiversidad biológica. Sin embargo, esta diversidad está amenazada desde aquella decisión de la OMC de autorizar la apropiación privada e individual de los recursos procedentes de la biodiversidad por las multinacionales de la biotecnología tales como Monsanto o Novartis, pues va en contra de las prácticas comunitarias milenarias y de la gestión común de los recursos naturales propios a la cultura de los pueblos africanos. Esta decisión favorece claramente los intereses de las multinacionales en la explotación de la biodiversidad africana, en contra de los derechos de las comunidades locales y de los agricultores.

Para estos países, según puntualiza Rodrik³¹, la integración en la globalización neoliberal y la adhesión a la OMC no son las políticas adecuadas de desarrollo³², al suponer dicha adhesión el pago anual de unos 150 millones de dólares para cumplir con las obligaciones de los miembros de la OMC, es decir, el equivalente del monto que los países en desarrollo necesitan para financiar los proyectos de desarrollo, en particular los programas sanitarios o educativos, bases del crecimiento económico. Por lo tanto, los gobiernos de estos países deben llegar a la evidencia según la cual el modelo neoliberal, basado en el menos intervencionismo del Estado, no conduce forzosamente al crecimiento económico y que precisamente la riqueza de los ricos, según subraya Lecomte³³, se fundamenta en el intervencionismo del Estado y del control por los ricos de las decisiones políticas y los lobbies industriales y financieros. Es esta *plutocracia*, fundamentalmente antiecológica, la que explica las crecientes desigualdades entre pobres y ricos dentro de un mismo país y entre los países ricos y los países pobres.

El caso de la Sudáfrica de Thabo Mbeki es al respecto ilustrativo. Instauró una desastrosa política económica dictada por “los malos samaritanos”, defensores del fundamentalismo de mercado tanto en los sectores privado como público³⁴ desde 1994, como brazo derecho de Nelson Mandela y después como presidente de Sudáfrica hasta 2008. El resultado ha sido los importantes retrocesos sociales de la población y la profundización de las desigualdades entre ricos y pobres en este país³⁵, política que el mandatario sudafricano extendió a nivel continental con el Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD) de corte neoliberal. No es sorprendente su cese —por la coalición del partido de gobierno, el Congreso Nacional Africano (ANC) que ha decidido recuperar su tradición socialista en contra de la política capitalista de Mbeki, con los partidos de izquierda, el partido comunista y el poderoso sindicato sudafricano— a favor de un líder populista e izquierdista pendiente de juicio por corrupción y violación, Jacob Zuma, considerado como “el candidato de los pobres”, para las elecciones de 2009.

³¹ Citado por Rainelli, M., “Internationalisation des échanges et croissance », en *Les enjeux de la mondialisation...*, *op. cit.*, p. 16.

³² Sobre las críticas contra la OMC, véase Urios Moliner, S., “La cooperación multilateral para el desarrollo”, en *Cooperación y desarrollo...*, *op. cit.*, pp. 136-137.

³³ Lecomte, T., *Le commerce équitable*, Eyrolles, París, 2004, p. 170.

³⁴ Chang, H-J., *Bad Samaritans. Rich Nations, Poor Policies and the Threat to the Developing World*, Business Books, Londres, 2007, pp. 168-169.

³⁵ Cf. Klein, N., *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona, 2007, pp. 261-292.

Conclusión

Se impone, a todos los niveles, la “ecociudadanía”³⁶, un proceso de educación, formación e información de los ciudadanos para el respeto del medio ambiente y el desarrollo duradero, que ha de acompañarse de un contrapoder del Estado y de la sociedad civil contra el pensamiento neoliberal, que defiende la falsa idea según la cual a través de sus intereses individuales las empresas terminan siempre sirviendo el interés general. El objetivo es proteger los bienes comunes contra los intereses particulares, fomentando los valores de una sociedad más humana, solidaria y educada para la toma de conciencia política y social del destino común en beneficio del planeta. Es decir, un esfuerzo de pedagogía en el sentido de “la mundialización del sentimiento de solidaridad”, sobre todo en África, víctima de la conspiración de la geografía y de las prácticas económicas³⁷, internacionales y locales, orientadas hacia la satisfacción de la demanda externa y no interna³⁸.

En definitiva, se debe evitar la *ecocracia* o el uso de la ecología por los países desarrollados —que representan la sexta parte de la población mundial y responsables de la destrucción del medio ambiente durante su proceso de industrialización en los siglos pasados, y que consumen en la actualidad el 60% de la energía mundial, el 85% de la madera y el 65% de alimentos—, para impedir el desarrollo de los países del Sur, bajo la excusa de la protección del medio ambiente, manteniendo al mismo tiempo una parte de la humanidad en el subdesarrollo.

Ha llegado la hora de generalizar y apoyar, en el Continente, las actuaciones como las del colectivo de las ONG *Publish What You Pay* (PWYP) (“Publiquen lo que pagan”), del Movimiento para la Supervivencia del Pueblo Ogoni o de la ONG Brainforest (“selva pensante”), presidida por Marc Ona Ossanguí en Gabón, en defensa de la selva tropical en este país, o el compromiso personal de Wangari Maathai para la defensa de la cuenca del Congo que pierde 4 millones de hectáreas anuales, o la concreción del Partenariado para las Selvas de la Cuenca del Congo (PFBC) instaurado por la comunidad internacional durante la cumbre de Johannesburgo sobre el desarrollo duradero en 2002.

Por su parte, la Organización Africana de la Madera (OAB) debe oponerse a la sobreexplotación abusiva de la selva exigiendo la transparencia a los gobiernos y a las multinacionales con el fin de poner fin al saqueo de los recursos africanos y al deterioro medioambiental, y salvaguardar los frágiles equilibrios ecológicos y la biodiversidad continentales, e impedir el rápido agotamiento de las últimas grandes selvas africanas.

De igual modo, los principales países africanos exportadores de madera (Camerún, Centroáfrica, Congo Brazzaville, Costa de Marfil, Gabón, Guinea Ecuatorial, RDC y Ghana) deben adoptar estrictos códigos forestales para reducir, en el proceso legítimo de su industrialización, las amenazas de deforestación de la selva africana y la realización de programas nacionales de gestión del medio ambiente (NEMP, según siglas en inglés), ya adoptados por varios Estados. Han de dedicar los impuestos forestales, que

³⁶ Lévêque, C. y Sciamia, Y., *op. cit.*, p. 197.

³⁷ Sachs, J., *The End of Poverty. How We Can Make It Happen In Our Lifetime*, Penguin Books, Londres, 2005, p. 208.

³⁸ Kabunda, M., «Medio ambiente y desarrollo: una visión desde África» en *Comunidades Autónomas, Unión Europea y Medio ambiente* (dir: Ángel G. Chueca Sancho), Centro de Estudios Darocenses, Zaragoza, 1998, p. 35.

AFRICA AMÉRICA LATINA. Cuadernos (SODEPAZ) n° 45

pagan las empresas madereras, a la mejora del bienestar social de las comunidades locales y al desarrollo rural.

Bibliografía

- Afanou, G., “Biodiversité en Afrique subsaharienne: Enjeux en matière de propriété et de commerce », en *Afrique enjeux* n° 1, París, abril/mayo de 2007.
- Ardayfio-Schandorf, E., “The fuelwood/energy crisis in Sub-Saharan Africa”, en *Sustaining the Future. Economic, Social, and Environmental Change in Sub-Saharan Africa* (eds: George Benneh, William B. Morgan y Juha I. Uitto), United Nations University Press, Tokyo, 1996.
- Badiane, O. y Delgado, C., *A 2020 Vision for Food, Agriculture., and the Environment in Sub-Saharan Africa*, IFPRI, Washington, 1995.
- Bello, W. (en colaboración con Shea Cunnigham y Bill Rau), *Dark Victory. The United States, Structural Adjustment and Global Poverty*, Pluto Press-Food First-TNI, Londres, 1994.
- Bello, W., *La fin de l'Empire. La désagrégation du système américain*, Fayard, París, 2006.
- Ben Hammouda, H., “Guerriers et marchands: Éléments pour une économie politique des conflits en Afrique”, en *Recherches internationales* n° 49, París, verano de 1997,
- Bertrand, A. y Kalafatides, L., *OMC, le pouvoir invisible*, Fayard, París, 2002.
- Chang, H-J., *Bad Samaritans. Rich Nations, Poor Policies and the Threat to the Developing World*, Business Books, Londres, 2007.
- Chavagneux, C., « Les acteurs de la mondialisation », en AA. VV. *Les enjeux de la mondialisation. Les grandes questions économiques et sociales*, La Découverte, París, 2007.
- Chidi Ibe, A., “The Coastal zone and oceanic problems of Sub-Saharan Africa”, *op. cit.*
- Deng, L.A., *Rethinking African Development. Toward A Framework For Social Integration And Ecological Harmony*, Africa World Press, Asmara, 1998.
- Díaz, B. y Niñerola, M., “La transparencia de las industrias extractivas: indispensable para el desarrollo de África”, en *El precio oculto de la Tierra. Impactos económicos, sociales y políticos de las industrias extractivas* (eds: Alicia Campos y Miquel Carrillo), Icaria, Barcelona, 2008.
- Ellis, S., “Les nouvelles frontières du crime en Afrique du Sud”, en *La criminalisation de l'État en Afrique* (coords: Jean-François Bayart, Stephen Ellis et Béatrice Hibou), Editions Complexe, Bruselas, 1997.
- Engelhard, Ph., *L'homme mondial. Les sociétés peuvent-elles survivre?*, Arléa, París, 1996.
- Fanchette, S., « Le delta du Niger (Nigeria) : rivalités de pouvoir, revendications territoriales et exploitation pétrolière ou les ferments de la violence », en *Hérodote* n° 121, París, 2^a trimestre de 2006.
- George, S., *Jusqu'au cou. Enquête sur la dette du tiers monde*, La Découverte, París, 1989
- Harrison, P., *Une Afrique verte*, Karthala-CTA, París, 1991.
- Huband, M., *África después de la Guerra Fría. La promesa de un continente* (traducción de Marta Pino Moreno), Paidós, Barcelona, 2004.
- Hufty, M., “La biodiversité dans les relations Nord/Sud: coopération ou conflit ? », en *La Revue Internationale et Stratégique* n° 60, IRIS-Dalloz, París, invierno de 2005/2006.

AFRICA AMÉRICA LATINA. Cuadernos (SODEPAZ) n° 45

- Hugon, Ph., « Vers une nouvelle forme de gouvernance de l'eau en Afrique et en Amérique latine », en *La Revue Internationale et Stratégique* n° 66, IRIS-Dalloz, París, verano de 2007.
- Ibeanu, O. y Luckham, R., *Niger-Delta. Political Violence, Governance and Corporate Responsibility in a Petro-State*, Centre for Democracy & Development, Londres-Abuja-Lagos, 2006.
- Kabunda, M., « Medio ambiente y desarrollo: una visión desde África », en *Comunidades Autónomas, Unión Europea y Medio ambiente* (dir: Ángel G. Chueca Sancho), Centro de Estudios Darocenses, Zaragoza, 1998.
- Kabunda Badi, M., “Apuntes críticos sobre la cooperación Sur-Sur”, en *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico* (coord: Andrés Piqueras Infante), Tirant Lo Blanc, Valencia, 2008.
- Kennedy, P., *Préparer le XXI^e siècle*, Odile Jacob, París, 1994.
- Klein N., *La doctrina de shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona, 2007.
- Labrousse, A. y Verschave, F-X., *Les pillards de la forêt. Exploitations criminelles en Afrique*, Agone, Marsella, 2002.
- Lecomte, T., *Le commerce équitable*, Eyrolles, París, 2004
- Lévêque, C. y Sciamia, Y., *Développement durable. Avenirs incertains*, Dunod, París, 2005.
- McCarthy, S., *Africa. The Challenge of Transformation*, I.B. Tauris, Londres, 1996.
- Meunier, M., “L’Afrique mondialisée: Déchets toxiques, danger!” *L’état de l’Afrique 2007*, Jeune Afrique hors-série n° 15, París, 2007.
- Parizel, D., *La menace des carburants agro-industriels!*, Nature & Progrès, Jambes (Bélgica), 2008.
- Rainelli, M., “Internationalisation des échanges et croissance », en *Les enjeux de la mondialisation...*, *op. cit*
- Sachs, J., *The End of Poverty. How We Can Make It Happen In Our Lifetime*, Penguin Books, Londres, 2005.
- Stern, A., *Who Won the Oil Wars? Why Governments Wage War for Oil Rights*, Collins & Brown, Londres, 2005.
- Urios Moliner, S., “La cooperación multilateral para el desarrollo”, en *Desarrollo y cooperación...*, *op. cit*.
- Vázquez-Figueroa, A., “Coltán: La riqueza maldita”, *Revista GEO* n° 261, Madrid, 2008.